

## MATEO 22,1-22

<sup>1</sup> Jesús tomó de nuevo la palabra y les dijo esta parábola:

<sup>2</sup> –Con el reino de los cielos sucede lo que con aquel rey que celebraba la boda de su hijo. <sup>3</sup> Envió a sus criados para llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir. <sup>4</sup> De nuevo envió otros criados encargándoles que dijeran a los invitados: “Mi banquete está preparado, he matado becerros y cebones, y todo está a punto; venid a la boda”. <sup>5</sup> Pero ellos no hicieron caso, y se fueron unos a su campo y otros a su negocio. <sup>6</sup> Los demás, echando mano a los criados, los maltrataron y los mataron. <sup>7</sup> El rey entonces se enojó y envió sus tropas para que acabasen con aquellos asesinos e incendiasen su ciudad. <sup>8</sup> Después dijo a sus criados: “El banquete de boda está preparado, pero los invitados no eran dignos. <sup>9</sup> Id, pues, a los cruces de los caminos y convidad a la boda a todos los que encontréis”. <sup>10</sup> Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala se llenó de invitados.

<sup>11</sup> Al entrar el rey para ver a los comensales, observó que uno de ellos no llevaba traje de boda. <sup>12</sup> Le dijo: “Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?” Él se quedó callado. <sup>13</sup> Entonces el rey dijo a los servidores: “Atadlo de pies y manos y echadlo fuera a las tinieblas; allí llorará y le rechinarán los dientes”. <sup>14</sup> Porque son muchos los llamados, pero pocos los escogidos.

<sup>15</sup> Entonces los fariseos se pusieron de acuerdo para buscar algún motivo de acusación en sus palabras, <sup>16</sup> y le enviaron discípulos suyos con los partidarios de Herodes a decirle:

–Maestro, sabemos que eres sincero, que enseñas con verdad y que no te dejas influir por nadie, pues no miras las apariencias de las personas. <sup>17</sup> Dinos, pues, tu parecer: ¿estamos obligados a pagar tributo al César o no?

<sup>18</sup> Jesús se dio cuenta de su mala intención y les dijo:

–¿Por qué me ponéis a prueba, hipócritas? <sup>19</sup> Mostradme la moneda del tributo.

Ellos le presentaron un denario, <sup>20</sup> y él les preguntó:

–¿De quién es esta imagen y la inscripción?

<sup>21</sup> Le respondieron:

–Del César.

Jesús les replicó:

–Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

<sup>22</sup> Al oír esto, se quedaron asombrados, lo dejaron y se fueron.

### Cuando leas

- Observa los dos pasajes que conforman nuestro texto de hoy: vv. 1-14 (parábola: ¿una o dos?) y 15-22 (disputa sobre el impuesto).
- Fíjate primero en las desmesuras y “excentricidades” de la(s) parábola(s):
  - o unos invitados que matan a los mensajeros que les envía el rey;
  - o un rey que envía tropas para matar a los que han rechazado su invitación e incendiar su ciudad;
  - o un comensal que es arrojado “atado de pies y manos” por no llevar traje adecuado (cuando, para más inri, lo han recogido de los caminos).

Normalmente, las parábolas que cuenta Jesús suelen contener algún elemento un tanto extraño. Eso es precisamente lo que le da viveza a la parábola y da que pensar.

En todo caso, la intención de la primera parábola (vv. 2-10) parece clara: si los invitados primeros a entrar en el banquete del Reino –los judíos– rechazan hacerlo, el Reino se abrirá a otros que sí acepten: los paganos (elemento esencial de la teología del evangelista Mateo).

Por otra parte, la segunda parábola (vv. 11-14, exclusiva de Mateo) habla de las exigencias para entrar en el Reino: hay que cambiarse de vestido (cambio de estilo de vida).

- Date cuenta ahora de la habilidad de Jesús en la respuesta que da a los fariseos en la disputa sobre el impuesto (vv. 15-22): ¿es favorable o no a pagar el tributo? Algunos consideran que Jesús les está diciendo a sus adversarios –eso sí, muy hábilmente, para que no le puedan acusar de nada (no hay que olvidar que están presentes partidarios de Herodes Antipas, “rey cliente” de los romanos)– que no hay que pagar tributo al César, porque, en realidad, todo pertenece a Dios, empezando por la propia tierra de Israel (bajo dominio romano en esa época). Aunque la moneda que le presentan tenga la efigie del César y una inscripción relativa al soberano romano (“TI. CAESAR DIVI. AUG. F. AUGUSTUS”, es decir, “Tiberio César, hijo del divino Augusto [Octavio], Augusto”), en último término todo es de Dios.

### **Cuando medites**

- Reflexiona sobre la invitación que Dios te hace cada día para que acudas al banquete de bodas que ha preparado. ¿Encuentra en ti eco esa invitación? ¿Haces caso al esposo, que te convida personalmente, o tienes otros campos o negocios que atender? (No olvides que, aunque te cueste creerlo, tú eres el invitado principal: eres el “amigo del novio”.)
- Tómate algún tiempo para meditar a propósito de si llevas el atuendo adecuado para acudir al banquete, si es que has decidido aceptar la invitación que se te hace. (Ten en cuenta que la invitación a una boda suele conllevar un desembolso relativamente importante: ¿estás dispuesto a realizarlo?) ¿Qué crees que debes cambiar en el traje que llevas ahora? ¿Hay alguna prenda que se te haya quedado anticuada o que ya no te valga? ¿Cómo estás de “fondo de armario” cristiano?
- Piensa en todas las cosas de tu vida que son de Dios y que, por tanto, en algún momento habrá que devolvérselas (en realidad, ¿hay algo de ti que no te lo haya dado él?). Puede ser un buen momento para hacer “inventario” de los dones con los que Dios nos regala. (Recuerda que esos dones son como los talentos de la parábola: hay que saber sacarles partido.)

### **Cuando ores**

- Da gracias a Dios por haberte llamado a la vida y a la salvación (que es vida en plenitud) a ti y a tus hermanos. Mira a la cara de Jesucristo, su mensajero, y recreáte en la dulzura y afabilidad con las que te invita a seguirle al banquete del Reino.
- Pide al Señor que te ayude a coser ese vestido nuevo para lucir en el banquete, porque nosotros, con nuestras solas fuerzas, no podremos hacerlo. (Y no olvides que el Señor es mejor modisto que Balenciaga y Armani juntos...)
- 
- Alaba a Dios, tu Creador, porque ha hecho en ti obras magníficas. Como María, también nosotros podemos hacer nuestro su canto de alabanza a Dios, fijándonos en que somos instrumentos suyos: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí...”